



Lo mejor y lo bueno

Javier López Alós

«Querido hijo mío: me escribes que estás pintando una Madona, y que tus sentimientos se te aparecen tan impuros y carnales para el acabamiento de tal obra, que, con objeto de santificarlos, desearías comulgar cada vez que vas a agarrar el pincel».

HEINRICH VON KLEIST, *Carta de un pintor a su hijo* (1810).

Una carta como ésta, que habla del mundo como “una fábrica fantástica” y que invita a operar en él sin pensárselo demasiado, quizá hubiese salvado a muchos Bartleby de los que en muchas facetas de la vida se dan, no sólo en la literatura.

Hay una apelación frecuente a lo no hecho como ejercicio de la virtud. La lenitiva idea de que “el mejor verso es aquél que no ha sido nunca escrito”. O sea, lo que queda como pura potencia, lo que por tanto carece de límites, claro. Desde luego, una frase como ésta sólo la puede pronunciar un poeta muy prolífico que haya escrito grandes versos. Y debe ser además un poeta romántico o un idiota sin remedio. Quiero decir, un poeta romántico *del romanticismo*, pues el pathos romántico fuera del romanticismo acaba siendo idiotez patética. A la bella idea de nuestro imaginario romántico alemán, que ensalza la figura de un pintor-poeta-héroe que se sacrifica por la perfección, se nos presenta hoy, humilde y prosaica, una antigua verdad: “lo mejor es siempre enemigo de lo bueno”.

Carta de un hijo que no puede ser pintor

Si tengo que escribir mi autobiografía, seré breve. Nunca tanto como un epitafio, pero sí más que cualquiera de esas cartas de disculpa unas veces enviadas y otras... hay cosas que no se escriben para que viajen en sobres, de mano en mano, que es mejor que estén paradas. Pero seré breve, por dignidad y porque no soportaría un examen más profundo.



Nací no hace tanto tiempo en cualquier lugar que, en todo caso, no puede estar tan lejos como para perder el camino de vuelta ni tan cerca como para sentir la tentación de un regreso imposible. Así que vivo, me he sentido vivir, en cualquier parte, a igual distancia del origen que de fijar un punto de llegada. Sin embargo, he sabido soñar.

He soñado, por ejemplo, los mejores versos, en sueños tan perfectos que nunca necesité escribirlos, cuadros que no me atrevo ni a nombrarte. Y los abrazos más intensos a los que no di oportunidad de disiparse en el amanecer de la vigilia. Las mejores ideas que tuve también fueron sueños, así que renuncié a pensarlas demasiado, no empeoraran de esforzarlas. Mi tiempo óptimo, en suma, fue aquél que no llegó a traspasar su estatuto de posibilidad o de proyecto, el irreal imperio de mis fantasías. Tal es mi biografía, una seca extensión de promesas propulsada hacia un mañana otra vez aplazado, la huella escasa y dolorosa de haber tenido sólo ilusiones.